

EVOGACION DEL CORONEL CARLOS PINZON AZUERO



Tte. Coronel GUILLERMO PLAZAS OLARTE

“Alumbrar es arder y quemarse alumbrando es vivir”

El 17 de febrero de 1935, me acerqué por vez primera a la plazuela de San Agustín, en Bogotá. El imponente bronce que perpetúa la gloria de los héroes de “Ayacucho”, la marcialidad de los centinelas y la recia arquitectura de los viejos cuarteles, convertían aquel rincón en lugar por demás interesante.

Acostumbrado al apasible vivir de la provincia, fui sorprendido por movimiento de soldados, voces de mando, formaciones y honores para el Comandante del Batallón “Sucre”, Mayor Carlos Pinzón Azuero. Fue mi primer encuentro con aquel oficial, futuro fundador de la Escuela de Infantería y posteriormente Director de la Escuela Militar.

Es evidente que por las filas de las Fuerzas pasan meritorios varones, héroes que en acciones brillantes conducen los hombres a la victoria o, abnegados Comandantes que desde la paz, preparan las batallas del porvenir. Unos y otros merecen bien de la patria, como que el éxito alcanzado por los primeros no puede ser ajeno al esfuerzo de los segundos.

Consagrar la existencia a un ideal; abandonarlo todo para servir con re-

nunciamiento a la bandera; recorrer el dilatado territorio de Colombia para empaparse en su historia y su geografía y estar dispuesto al sacrificio, en aras del deber, son virtudes inherentes al verdadero militar. Pero, si esas cualidades se acercan al grado superior de perfección; si quien las posee deja obras perdurables que transforman una institución y marcan una época, entonces hay una personalidad fuera de lo común, digna de ser imitada por los actuales oficiales y por las futuras promociones.

Pero también es cierto que quienes estamos obligados a avivar aquellas luces para que irradien perennemente sobre la comunidad, las dejamos extinguir entre los muros de los cuarteles y aquellos valores de la nacionalidad pasan desapercibidos de nuestros conciudadanos.

Ni el ditirambo, ni la crítica acerba pueden modificar los lineamientos de los hombres cuando la obra de sus manos fructifica año tras año; cuando la semilla que en hora feliz botaron sobre el surco no deja de germinar. Tal el caso del Coronel Pinzón Azuero, impulsador vigoroso de nuestra Infantería, propiciador del adelanto cultural de oficiales y suboficiales.

Hay en Pinzón Azuero dos facetas

sobresalientes que se complementan para formar un todo armónico: el hombre y el soldado. Al estudiarlas paralelamente encontramos la razón de ser de una existencia cargada de atributos.

Nacido en Santander en las postrimerías del siglo XIX, a sus oídos de niño llegan las detonaciones de los grases y los relatos de sangrientas refriegas en las que toma parte su padre el General Aristides Pinzón, aguerrido luchador de las guerras civiles.

Si equivocados en la manera de querer imponer sus convicciones, nuestros mayores son honrados al lanzarse a la guerra. Creen en su partido y mueren satisfechos de inmolarse por sus caudillos y por el color de sus pendones. Terminado el combate, vencedores y vencidos se abrazan antes de guardar los cansados aceros. Rafael Reyes y Uribe Uribe; Próspero Pinzón y Benjamín Herrera; Manuel Casabianca y Aristides Pinzón, personifican una época de disputa de credos, como Bolívar, Santander, Nariño, Córdoba y Camilo Torres representan cuatro lustros de nuestra gesta magna.

Pinzón Azuero ve la luz primera en la población de Vélez cuya topografía ondulante forma variados climas y paisajes pintorescos. Es lógico que la sangre lo incline por la carrera de su ilustre ascendiente. Terminaron ya las improvisaciones castrenses y han sido trazados seguros derroteros a la profesión que "defiende las repúblicas, conserva los reinos, guarda las ciudades, asegura los caminos y despeja los mares de corsarios". En 1908 llega el santandereano a la recién fundada Escuela Militar.

Retemplada su alma en la observancia de la más rigurosa disciplina, el 14 de diciembre de 1912 sale a la fila el Subteniente en donde actúa con independencia sin traspasar los límites

reglamentarios; con subordinación pero utilizando la capacidad de discernir.

Teniente el 6 de junio de 1918, se retira del servicio en 1920 para vestir nuevamente el uniforme en mayo de 1924. De esta fecha en adelante los ascensos se suceden normalmente hasta llegar a Coronel.

De Capitán, recibe diploma de Estado Mayor y cumple difíciles tareas en el restablecimiento del orden.

Es bueno recordar cómo el 7 de agosto de 1930 llega el Doctor Enrique Olaya Herrera a la presidencia de la república. País tropical el nuestro, el cambio de gobierno ocasiona serias dificultades. La concentración nacional no logra apaciguar las pasiones políticas que se desbordan en Boyacá y los Santanderes. El 13 de julio de 1931 el Capitán Pinzón es nombrado Director de la Policía de Santander. "Canijo, de color bermejo, con el uniforme militar parece un oficial germano. Sus labios delgados señalan su energía y toda su fisonomía, sus charlas, sus rasgos característicos nos muestran un temperamento altivo y dominante". Así lo describe un cronista de aquel tiempo.

Como la vida municipal gira en torno de consejas y habladurías, muévense las gentes con afán inusitado para descubrir si azul o roja es la enseña del nuevo Director. "Como militar, Carlos Pinzón Azuero es un servidor de la república, que no se fija, en el desempeño de sus funciones, en colores políticos o en tendencias partidistas". Pero no le comprenden este lenguaje, anacrónico para algunos, sin objeto para otros. La efervescencia partidista los ciega y, cosa rara, solamente se unen para proponerle abierta resistencia. Las páginas de los periódicos se convierten en barricadas: se multiplican las acusaciones y las hojas volantes. Pinzón Azuero responde con circulares que de-

notan su recia personalidad: "Para formar de la Policía un cuerpo respetable y respetado, es preciso que esté integrada por elementos convencidos de su misión de guardianes del orden, inspirados en los altos anhelos de justicia y de paz, colocados dentro del anillo férreo del deber, fuera del cual no puede obrarse sin cometer censurable acción." Y en otro documento: "Inmoral y altamente inconveniente resulta toda intervención parcial de quienes tienen en sus manos la autoridad, para entorpecer el libre ejercicio del sufragio."

Su gallarda actuación suscita controversias. Empero, el gobierno central le hace justicia: "Mis calurosas felicitaciones por su actitud" le dice el ministro de gobierno; "Gobierno tiene plena confianza en su imparcialidad, rectitud y cuidado del derecho de los ciudadanos" le manifiesta el presidente.

Entorpecida su labor por el torbellino político del momento, regresa el Capitán a sus cuarteles. Asciede al grado de Mayor, comanda la Flotilla del Río Magdalena durante el conflicto con el Perú, pasa al Batallón Caldas, luego al Garavito, y es nombrado Comandante del "Sucre" el 16 de enero de 1934.

Por aquel entonces, los cuarteles de San Agustín muestran casi intacta la arquitectura colonial de fuertes muros y bellísimas arcadas. Aquellos macizos edificios que fueron en su tiempo complemento armónico de retablos y artesonados, de preciosos cuadros y valiosa imaginería, son ahora albergue de oficiales y tropa.

Carlos Pinzón Azuero hace del Batallón una Unidad modelo. Convencido de la importancia de las Fuerzas Militares en un país convaleciente de una crisis fiscal y de una guerra, se empeña con pasión en la preparación de oficiales y suboficiales. La infantería debe dar el ejemplo; las otras armas

seguirán el camino. "Solo los apasionados llevan a cabo obras verdaderamente fecundas." No se contenta con la rutina que satisface a los mediocres. Con razón afirma el General Bermúdez de Castro: "El que se contenta con su deber, sin que su propia voluntad adelante cosa alguna, vale muy poco."

Para formarnos una idea exacta de la tarea cumplida, podríamos acudir a las órdenes del día de los comandos superiores. Pero hay algo tan importante como esas felicitaciones: la gratitud de quienes fueron soldados rasos en los patios de San Agustín. "Yo fui soldado de mi Coronel Carlos Pinzón Azuero" repiten con orgullo de colombianos, con fervor de reservistas, obreros, campesinos, artesanos, empleados y hombres de negocio. Es el tributo del pueblo que, a 25 años de distancia, sigue recordando a su jefe. "Los viejos soldados no mueren nunca; se esfuman en la lejanía."

Con acierto el gobierno lo lleva en 1936 a la Dirección de la Escuela Militar. De figura severa y el rostro agostado por el trabajo; serio sin afectación, porta con elegancia el uniforme. Sus gestos y ademanes denotan gravedad. Cuando suena la diana ya está recorriendo los largos corredores y se ve su silueta por patios y rotondas horas después de la retreta.

Vientos renovadores y valiosas iniciativas han llegado a San Diego. Desaparece el miedo al castigo y se cumple el deber por el estímulo. Aquellos calabozos oscuros, herencia terrífica del medioevo, ceden su puesto a la sala de castigos. Los castigos, afirma Pinzón Azuero, ya no se emplean sino como último recurso.

Rompiendo la rígida tradición del Instituto organiza tres Unidades Fundamentales: el primer año para la Compañía de Infantería; el segundo para el Escuadrón de Caballería y el

tercero para la Batería de Artillería. En cuarto, los Alféreces son instructores en cualquiera de las Unidades, según sus aptitudes. Hace disminuir la edad para ingresar como Cadete e intensifica la preparación intelectual de los futuros Oficiales.

Célebres son las campañas realizadas durante los años de 1936, 37 y 38 a Villavicencio, Fusagasugá y los Llanos del Tolima. Y a pesar de las duras pruebas físicas a que son sometidos los alumnos, no se presenta un solo accidente deplorable. Dígalo, si no, la marcha de 65 kilómetros del Novillero a Bogotá, ejecutada en 25 horas.

Con gran satisfacción manifiesta a la prensa del país: "En cuanto a la Escuela, puedo decirles que tiene hoy un lujo personal de oficiales, alumnos y profesores y que ya principia a ser el primer cuartel de la república". Con amargos reproches reciben algunos compañeros estas frases. Pero Pinzón afirma: "Mi aspiración ha sido hacer de la Escuela Militar el primer cuartel de la república. Esto no implica el abandono de la cultura intelectual. Minerva en un campo artillado, tal sería el nuevo escudo de esta fábrica. La vieja campana ha sido desmontada y reemplazada por la voz solemne y guerrera de la corneta, el cobre épico que alerta el oído del soldado y lo fustiga para la carga."

En los discursos pronunciados el primero de junio o en la clausura de la Escuela, deja su pensamiento en frases del más encendido patriotismo: "Dad ejemplo de disciplina y austeridad en los cuarteles y de civismo en vuestras relaciones sociales."

"Sed fieles guardianes del derecho, esté en las manos que estuviere."

"El honor, es señores Oficiales, el sometimiento estricto a un inequívoco principio de probidad integral; es la

sujeción al deber antes que al egoísmo."

El Doctor Enrique Santos (Calibán) consigna así, en 1937, sus observaciones: "Me di cuenta en breve paseo por las dependencias de la Escuela de cómo una severa organización rige allí todas las actividades. Tengo que confesar que no conocía la Escuela Militar. Grave deficiencia de que me declaro culpable. Porque este instituto honra al país y es legítima esperanza de renovación juvenil."

Carlos Pinzón Azuero no llegó al generalato. Minada su salud hubo de retirarse del servicio en el grado de Coronel.

Existe en la literatura castrense una admirable pieza, muy conocida, expresión poética del más acendrado espíritu colombiano, la Oración Patria. Al escucharla, regresamos a la vieja Escuela de San Diego y contemplamos la estampa del Coronel Pinzón Azuero, el penacho alborotado por la brisa, la espada refulgente entre un mar de banderas. Bayonetas y sables destacan entre la policromía de uniformes y otear de gallardetes. El Comandante, con voz segura, nos habla del pasado y del presente, de los ríos y mares de nuestro territorio; de las cumbres nevadas y de las llanuras que se dilatan en océanos de verdor; del honor, del deber, de las responsabilidades del soldado, del destino histórico de nuestro pueblo joven. Entonces sentimos renacer la fe de los primeros años de milicia y como dice don Miguel de Unamuno, "con maderas de recuerdos armamos las esperanzas."

Carlos Pinzón Azuero es y será un modelo. Su amor por el ejército vióse recompensado al final de sus días por las insignias que fue colocando la patria sobre los hombros de sus hijos. Ellos continúan una tradición de honor y gallardía. A la satisfacción de ver el

adelanto ininterrumpido del arma y convertidas en realidades sus aspiraciones, se sumó la llegada a los altos mandos de quienes fueron Subtenientes suyos en el "Sucre" y en la Escue-

la Militar. Muchos de los Generales actuales fueron sus subalternos.

Justo homenaje tributa en este mes de abril el Ejército a uno de sus más caracterizados exponentes.

"Siendo el mando militar una variedad de los distintos mandos que existen, y necesitando, como todas las actividades humanas, una definición lo más expresiva, concisa y clara, que sirva de punto de partida para ir desarrollando la multitud de ideas que encierra, el autor de este libro se atreve a lo que ningún tratadista se arriesgó y somete al juicio de los lectores la definición siguiente: Mando militar es el arte de hacerse obedecer por sus subordinados, inspirándoles en la ejecución de las órdenes la aplicación de todas sus virtudes militares.

Porque el que manda ha de movilizar en el alma de los que le obedecen todas aquellas actividades espirituales que dan por resultado puntualidad, rapidez, convencimiento y afán de acertar, poniendo a contribución sus cualidades de valor, talento, saber, abnegación, entusiasmo, honrada ambición de distinguirse y constante deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga."

GENERAL BERMUDEZ DE CASTRO